

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 20 de junio de 1897.

Núm. 8.º

SUMARIO

GRABADO. — Retrato de Vaillant.
TEXTO. — Nuestro grabado. — Crónica, por Lázaro Virto. — Lógica individualista, por F. Diego. — Misericordia, por Luis Aguirre. — Haz bien... y mira a quién, por J. Pérez Casas. — El colectivismo (conclusión), por Emilio Vanderveide. — Epigrama, por A. O. — La paz, por Enrique Ferri. — Calvario, por Alvaro Ortiz. — Entretenimientos.

NUESTRO GRABADO

Eduardo Vaillant nació en Vierzon (Cher) el 26 de Enero de 1840. Cursó en París estudios superiores, que completó en las Universidades alemanas. Después de tomar el título de ingeniero civil, estudió la Medicina, frecuentando por esta causa el barrio Latino, tomando parte en sus reuniones y mezclándose en más de una conspiración.

No tardó en abandonar este círculo de relaciones, donde se hablaba más que se obraba, y donde se trabajaba menos aún. Dotado de un espíritu estudioso, comprendió que en Alemania era donde podía adquirir la instrucción sólida que deseaba, y sobre la cual aspiraba a fundar su carrera política.

Después de adquirir el grado de doctor en Ciencias, Vaillant se dirigió a Heidelberg, en cuya Universidad estudió, y allí estuvo residiendo desde 1866 a 1867; fué luego a Tubinga, donde siguió asiduamente las lecciones de los profesores alemanes. Continuó sus estudios de Medicina en la Universidad de Viena desde 1868 a 1869, y de allí volvió a Tubinga, que abandonó en agosto de 1870, con gran pesar, maldiciendo la guerra surgida entre dos pueblos que hubieran debido luchar en el terreno de la ciencia y de la industria.

Al mismo tiempo que estudiaba la Medicina, Vaillant había seguido los cursos de filosofía alemana, aficionándose sobre todo a las doctrinas de Hegel. La cuestión social fué también objeto de

sus estudios favoritos. Partidario de la Internacional, Vaillant llegó a ser uno de sus individuos más influyentes y activos, contándose en el número de los que prepararon la imperecedera jornada del 18 de marzo en París y habiendo desempeñado el cargo de ministro de la Gobernación durante la *Commune*.

Físicamente, Vaillant es de regular estatura, tiene el aspecto de un hombre que ha estudiado mucho, posee una voz dulce y tímida y es reservado y silencioso; en suma, es un verdadero tipo de alemán, y tiene el aplomo y calma imperturbables de aquél aun en las discusiones más acaloradas.

Vaillant ha sido concejal del Ayuntamiento de París, y actualmente forma parte de la minoría socialista de la Cámara de diputados. Es una de las figuras más importantes del grupo de los *blanquistas*, tan bien retratados por Engels en un trabajo que recientemente dió a luz esta revista.



VAILLANT

CRÓNICA

Los soldados que pelean en Cuba *velis nolis* por la integridad de la patria están cobrando ahora las pagas correspondientes al mes de diciembre.

Lamentable es el caso; pero debe tener en cuenta esa pobre gente que el Tesoro público no tiene de tesoro más que el nombre, gracias a un sinnúmero de gastos inútiles que pesan sobre el presupuesto de la nación.

Y por lo que hace a la reina regente, que podría aliviar un poco las cargas del Estado, sería una crueldad manifiesta pedirle su ayuda.

Sobre todo ahora, cuando acaba de contraer el compromiso de regalar un hotel a unos *pobrecitos* príncipes.

Quiénes podrían hacer algo también en favor de los soldados que pelean en Cuba son los capitanes Araña que los embarcaron al patriótico son de la marcha de Cádiz.

Pero ésos estarán esperando a que el Gobierno

recurra á un empréstito como el que llevó á cabo recientemente.

Y así, al par que demostrarán su patriotismo, tendrán ocasión de cobrar un subido tanto por ciento.

Que es lo que más gusta á los patriotas al uso.

* *

El obispo de Cádiz, Sr. Calvo y Valero, se halla enfermo gravísimamente.

¡Hombre! ¡Bonita ocasión para recordarle que todavía está sin cumplir el legado que dejó Igarenda en favor de los pobres de Cabezón de la Sal!

Porque en esos «momentos solemnes» es cuando la voluntad está mejor predispuesta al bien.

* *

Dice un periódico que se ha adherido á la política del señor Silvela el novelista don Enrique Corrales Sánchez.

¡Corrales! ¡Corrales!...

Pues... ¡nada! No le conozco.

* *

En un pueblo de la provincia de Soria ha sido elegido para el cargo de concejal uno de los barrenderos.

No es nuevo el caso.

¡Pues así que no hay barrenderos concejales en España!...

¡Y así que no saben barrer... para dentro!...

* *

Una noticia:

A 15.857 pesetas y 82 céntimos llegó lo recaudado en las iglesias de la corte durante los días jueves y viernes de Semana Santa.

Otra:

Además del alfiler regalada por la duquesa de Najera al espada Fuentes, en atención á haberla brindado un toro, se está construyendo una petaca de plata oxidada, con *cabouchon* de zafiro por muelle. Tiene en una cara dos estoques de torear, cruzados, y bajo una montera de torero, todo en brillantes, y en el otro lado y en iguales piedras las iniciales.

¡Con qué gusto leerán noticias como éstas los soldados de la patria que están cobrando en Cuba la paga del mes de diciembre!

* *

El Ayuntamiento de Santander, presidido por un ex republicano, ha aprobado un artículo de las ordenanzas municipales, en el cual se dispone que el comercio cierre las puertas de sus tiendas al paso de una procesión.

A esto pregunta *La Voz Cantabra*: «¿Y ése es el Ayuntamiento del pueblo del 24 de septiembre?»

¡Qué ha de ser! Ese Ayuntamiento es otro.

El del pueblo del 28 de diciembre.

LÁZARO VIRTO.

LÓGICA INDIVIDUALISTA

Es cosa que mueve á risa ver á los señores individualistas cómo ponen el grito en el cielo cuando el proletariado reclama que dentro del actual esta-

do de derecho se reformen las leyes en determinado sentido.

— ¡Cómo! — dicen. — ¿La ley debe fijar una jornada máxima de trabajo? ¿Por medio de la ley ha de ponerse límites, siquiera éstos sean de un orden moral y humanitario, al trabajo de la mujer y del niño? Esto es atentatorio á la libertad; es abdicar la personalidad humana sus más legítimos atributos en un estado absorbente y regulador de todos los actos de la vida.

Para los que de tal manera oyen argumentar pudiera parecer que quienes así discurren son los verdaderos defensores de la libertad en su más alta concepción, sin parar mientes en la flagrante contradicción en que incurren.

En efecto, quienes consideran un crimen de lesa democracia que las leyes impongan ciertas limitaciones á la explotación desmedida, olvidan que todos los Códigos del mundo, entendiendo que la misión jurídica del Estado es la de amparar al débil contra las iniquidades del poderoso, limitan la libertad individual cuando esta libertad se practica en perjuicio de los demás.

Las leyes que arrancan la patria potestad al padre que comete el delito de sevicia con sus hijos, ó da ejemplos corruptores ó prostituye á las hijas; las que castigan el duelo y el juego; las que incapacitan al pródigo para administrar sus bienes; las que restringen al testador la libre disposición de su peculio, y tantas otras de que está lleno nuestro Cuerpo legal, ¿qué son sino limitaciones de la libertad?

Ni cuándo se ha entendido ni ha podido entenderse por ningún tratadista de Derecho que la libertad individual ha de ser ilimitada y sin las restricciones que el derecho de los demás reclame?

Es principio jurídico que el interés individual debe ceder al interés social; y en virtud de este principio, el Estado desposee al propietario cuando el ornato público, la higiene ó la conveniencia general lo exigen.

Y cuando un Estado, que, como basado que está en el más supersticioso respeto á la propiedad individual, rinde á ésta en sus leyes el más fervoroso culto, no titubea, en aras de la *salus populi*, en asestar rudos golpes á la señora de sus pensamientos, ya quedándose con un tanto por ciento en las transmisiones de dominio, ya apoderándose del subsuelo, ¿es mucho que las clases desheredadas reclamen y exijan á ese mismo Estado que ponga cortapisas á la inhumanidad y á la codicia que el feroz individualismo engendra?

Por otra parte, ¿qué clase de libertad es esa que permite dejar al débil entregado á sus propias fuerzas para que luche contra el fuerte? ¡No faltaba más sino que por respetos á la libertad del padre se le permitiese prostituir á sus hijas! A esto se objeta que el Estado está en el deber de proteger á la hija contra el mal uso que de su autoridad hace el

padre. ¿Y no ha de estarlo en el de proteger al obrero contra los abusos del capital? Porque si derechos tan sagrados, dentro de la sociedad actual, como los del padre encuentran en las leyes una justa limitación, ¿por qué no han de encontrarla los del patrono, por muy legítimos que sean, también dentro de la sociedad actual? A aquél le está prohibido que, prevaliéndose de su autoridad y de su fuerza, castigue con crueldad á su mujer y á sus hijos y que comercie torpemente con sus hijas. ¿Y le ha de ser permitido al capitalista que, prevaliéndose de su posición y de la dependencia económica de los proletarios, sujete á éstos y á sus hijos á un trabajo rudo y prolongado, prescindiendo muchas veces de las leyes que rigen la moral y de las de la higiene siempre?

¿Qué diferencia existe entre el usurero que presta dinero á interés crecido y el fabricante que obliga á trabajar jornadas excesivas? Ninguna: el uno se aprovecha de la angustiosa situación de su víctima para sacar al capital la mayor utilidad posible; el otro se prevale de la necesidad que tiene el obrero de vender su fuerza de trabajo á cualquier precio y sin condiciones, para arrancar á los útiles de producción que posee el mayor beneficio que le sea dable. Sin embargo, la prestación de dinero con usura tiene su sanción penal en el Código. ¿Por qué no ha de tenerla la explotación ilimitada del trabajo?

¿Puede ser justo — legal ya sabemos que lo es, por desgracia — tener encerrados en fábricas y talleres, por espacio de doce, catorce y diez y seis horas, á niños de uno ú otro sexo impúberes aún?

Para ser, pues, lógicos los defensores de la escuela individualista deben, á la vez que se oponen á que el Estado inscriba en sus leyes las reformas que el proletariado solicita, pedir la derogación de las que castigan el juego y la usura, y prohíben al pródigo administrar sus bienes, porque el pródigo y el usurero y el jugador no hacen más que disponer de su dinero como les viene en gana, en uso de su libertad; y no deben permitir que se castigue el duelo y el intento de suicidio, porque el suicida y el duelista no hacen otra cosa sino disponer de una vida que es suya.

Y para ser más lógicos aún, deben pedir que la sociedad retrograde al estado primitivo del hombre, al salvajismo, expresión la más genuina del individualismo, como que en una sociedad en estado salvaje es donde puede practicarse sin limitaciones la libertad individual consagrada por el derecho del más fuerte.

Que es el derecho y la libertad que proclaman los señores individualistas.

F. DIEGO.

El hombre instruido duda mucho, el ignorante poco, menos aún el necio, y el loco nunca. — *Renouvier*.

MISERICORDIA

Nuestro gran Galdós es un demócrata sano, es un hombre de bien, que ama al pueblo, no como Castelar, Canalejas y los mil arlequines políticos que llevan en las entrañas una plasta de limo reaccionario, sino honradamente, por la noble complejión de su alma. Al menos, éste es el sentimiento que yo (1) he sacado leyendo sus obras, pues personalmente no le conozco. Tiene hoy para mí la lectura un gran atractivo al observar el espíritu del autor á través de la obra, ver al hombre. ¡Interesante é instructivo juego del espíritu! Aun en las obras puramente imaginativas, novelescas, de ficción, el autor no puede taparse totalmente, como no sea un tonto que carezca de personalidad, de pasión ideológica, al cual es claro que no se le encuentra, porque no existe. Así he visto, por ejemplo, que Pereda es un espíritu apergaminado, viejo, mohoso, sin cultura, con profundo horror á todo lo de fuera que no conoce y, sin embargo, detesta, como buen misonista que siente que de fuera viene lo nuevo. Cerebro *inédito*, en perenne reposo, por el cual no ha pasado jamás la sombra de una idea. Y como él son sus personajes; su filosofía no va más allá que la de un cura de misa y olla bonachón.

Esto no obsta para que admire sus bellos libros, que son preciosas fotografías de la naturaleza montañosa, y para que le tenga por el mejor prosista de estos tiempos, y quizás de los otros, exceptuando á Cervantes y á alguno que otro escritor del siglo de oro de nuestra literatura (2).

A Valera no le encuentro nunca en sus libros; ó es una personalidad borrosa, sin pasión, que deja hacer á sus personajes sin interesarse gran cosa, ó es un cuco que se tapa admirablemente, que no da la cara, vamos. Me inclino á creer lo primero; y á pesar de lo que dice *Clarín* en los bombazos que da á este escritor, creo que tiene una fama innmerecida, y que de toda su labor quedará, si acaso, *Pepita Jiménez*. Se notan en Valera tendencias eróticas semejantes á las de doña Emilia Pardo Bazán en su periodo obsceno de *Insolación y Morriña*. Ambos son católicos, y se les toleran las porquerías sin protesta. Las sucias liviandades de los escritores católicos hacen mucha gracia á los montaraces periódicos de la comunión, que llaman cerdo á Zola.

Pues el buen Galdós ha publicado recientemente su obra *Misericordia*, que es un dolorido canto á la miseria. Entre burlas y veras nos lleva á los tristes

(1) Me repugna usar el *yo* castelarino, que ya Pascal calificó de odioso, y eso que no conoció á los hinchados Castelaras de nuestros días.

(2) Esto del siglo de oro es un decir... de los que creen que todo tiempo pasado fué mejor. No es oro todo lo que reluce en el siglo de oro. Los misonistas del porvenir quizás hallarán más reluciente este nuestro, tan calumniado.

antros pestilentes de la horrenda miseria, de la prostitución, del hambre vergonzante. Y hay que ver con qué mal oculto cariño trata á los pobres; qué conmiseración, qué ternura, qué compasivo amor siente hacia ellos; y por eso los conoce tan bien, y conoce sus tristezas y su arrastrada vida y sus negras angustias.

Yo sé que ese libro no ha gustado. Es natural.

Nuestra burguesa sociedad tiene un refinado culto por las funciones digestivas, y el buen Galdós se ha permitido ponerle á la vista una asquerosa llaga. No es la existencia del mal lo que la enoja, sino que se le muestre, y que se la perturbe en el goce de su vida regalada. Llega en su egoísmo, en su materialismo práctico (que es el malo), á la ferocidad.

Es de desear que Galdós prosiga su obra, que ahonde en la cuestión social, pues su *Misericordia* no ha pasado de la superficie, ó, si se quiere, nos ha mostrado no más (hermosamente, es claro) un efecto doloroso del sistema social burgués; mas lo que importa es ir á las causas. ¿Y quién duda que Galdós ve las cosas con criterio socialista, como Zola en sus *Trois Villes*, y como cualquiera que tenga buena alma y dos adarmes de cultura? Sólo los ignorantes, los indiferentes ó los perversos no son socialistas hoy.

LUIS AGUIRRE.

HAZ BIEN... Y MIRA Á QUIÉN

Un infeliz leñador
que marchaba hacia la villa,
sobre el hombro una gavilla
y anegado en su sudor,

en una alameda umbrosa
se detuvo á descansar
para poder continuar
su carrera fatigosa.

En la misma dirección
iba un zote de marqués
que no andaba en cuatro pies
porque llevaba bastón.

Absorto el marqués marchaba,
y, sin notarlo él siquiera,
se le cayó una cartera
en que valores guardaba.

Habiendo advertido el caso
el mísero leñador,
gritó en seguida: — ¡Señor,
detenga un momento el paso!

Tomóle por un mendigo
el marqués, viendo su porte,
y respondió con mal norte:
— ¡Que Dios le socorra, amigo!

Ante tal impertinencia,
el leñador, amoscado,

dijo: — Pues en el pecado
te llevas la penitencia.

Y pronto, en un dos por tres,
y del modo más sencillo
fué á parar á su bolsillo
la cartera del marqués.

Lector: si á ti te ocurriera
lo que al pobre leñador,
sé prudente y previsor...
¡y guárdate la cartera!

J. PÉREZ CASAS.

EL COLECTIVISMO ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

2.º — La producción.

Hemos indicado el fin que se persigue por los socialistas — *socialización de los medios de producción* — y los medios para conseguirlo sin convulsiones tumultuosas — *limitación cada vez más estrecha de la herencia*.

Nos queda que hablar de los problemas que se refieren á la producción y á la distribución de las riquezas.

Es lo cierto que la propiedad colectiva podría concederse en usufructo á personas ó asociaciones de personas mediante una retribución como arriendo ó interés. Así, sin alterar el sistema actual, al menos redundaría este beneficio en ventaja de todos y no ya de pocos. Mas la mayor parte de los colectivistas van más allá, y quieren, no sólo la socialización de los medios de producción, sino de la producción misma. Es decir que, como expresa muy bien Schaeffle, sabio é imparcial crítico de la teoría socialista, la producción sería confiada á establecimientos y corporaciones distintos que ejerciesen libremente su industria, sin otra intervención que la de la administración central.

De esta manera cae por sí sola la objeción de que el socialismo sea la tiranía del Estado, la capa de plomo del poder centralizador.

Aparte de que la autoridad impersonal del Estado, que en el régimen democrático sería la expresión de la voluntad de todos los trabajadores, pesaría sobre ellos bastante menos de lo que hoy pesa sobre los proletarios la autoridad personal de un patrono, que no tiene otra norma de conducta que su capricho, es decisivo observar que los colectivistas no piden que se ponga la producción en manos del Estado, sino antes bien de la sociedad.

El Estado es el poder político, el gobierno de los hombres. Sus funciones se irán limitando á medida que se elimine la distinción en clases de la Humanidad.

(1) Carta dirigida á *El Correo*, de Bruselas, por Emilio Vandervelde.

Los servicios públicos serán autónomos. Algo semejante existe ya hoy. Muchas colonias inglesas administran, por ejemplo, los ferrocarriles por medio de un Comité elegido por el Parlamento, pero absolutamente distinto de los Ministerios propiamente dichos y que no sufre el contragolpe de los cambios ministeriales.

Sin ir más lejos, la administración de los ferrocarriles del Estado en Francia ofrece una organización análoga. ¿Qué más? En la Federación del Partido Socialista belga encontramos como en pequeño lo que será la separación del poder político y de las funciones económicas en el régimen colectivista.

Los afiliados al Partido se inscriben, tanto a la Cooperativa — órgano económico —, cuanto a la Federación de Bruselas — órgano político —. Estas dos organizaciones se componen de las mismas personas, y ejercen mutuamente una sobre otra grande influencia. La Cooperativa suministra en parte los medios para la organización política, que á su vez reobra sobre aquel movimiento. Los dos organismos no están, pues, separados más de lo que lo estén el estómago y el cerebro, pero tienen administraciones diversas y autónomas.

Lo mismo sucederá en la sociedad colectivista.

Hasta ahora el Partido Socialista pide que los operarios y empleados de los servicios públicos puedan elegir sus Comités encargados de discutir y acordar con la administración central la organización del trabajo que les corresponde y su remuneración.

Gracias á esta intervención directa y constante de los interesados, la organización interior de los servicios públicos, por lo general, no toleraría las disposiciones inflexibles que tuviesen que aplicarse con despótica uniformidad á todos y por todas partes, sino que se adaptaría á la diversidad de los ambientes, llegando á ser capaz de progresivas transformaciones y mejoramientos al compás de las transformaciones y mejoramientos de la sociedad entera.

3.º — La distribución.

Dicen los comunistas: *á cada uno según sus necesidades*. Dicen los colectivistas: *á cada uno según su trabajo*.

Los burgueses se congratulan de estas aparentes contradicciones de fórmulas socialistas; mas la discrepancia desaparece si se reflexiona que las dos fórmulas corresponden á dos diferentes estados de la evolución social.

Nuestro ideal, lo decimos francamente, es el comunista: *á cada uno según sus fuerzas, á cada uno según sus necesidades*. Mas este ideal requiere é implica un desarrollo moral, un espíritu de solidaridad que hoy no se encuentra sino en algunos grupos limitados, como, por ejemplo, en conventos ó en los grupos comunistas de los Estados Unidos.

Yo confío que en lejano porvenir se elevarán sociedades enteras á ese grado de moralidad. Pero hasta que una luz tan radiante se derrame entre los humanos, somos colectivistas y decimos: *á cada uno según su trabajo*.

Se nos objeta que falta la común medida del trabajo, que es imposible determinar exactamente cuánto ha de corresponder á cada uno cuando muchos trabajan juntos y en una misma obra.

Lo sabemos: nuestra fórmula es necesariamente empírica, y el confesarlo nos cuesta tanto menos, cuanto que el capitalismo hace mal verdaderamente en atacar el colectivismo en este punto.

En efecto, ¿cómo se determina la remuneración del trabajo en el régimen actual? El regulador es la concurrencia de los capitales privados. Los trabajadores son atraídos á aquellas industrias y localidades en que encuentran un salario mejor: es la ley de oferta y pedido. El producto, pagados los salarios y los gastos, va á los bolsillos del capitalista, que, ó lo consume para la reconstrucción y el desarrollo de su capital, ó se lo come.

¿Cómo marcharán las cosas en el régimen colectivista?

La colectividad sustituye al capitalista y provee á las necesidades generales de la sociedad, á la reconstrucción y al desarrollo del capital social. El resto del producto va á remunerar el trabajo.

Mas ¿cómo se hace la distribución?

Nosotros creemos aplicable — hasta el punto en que es posible actualmente — la fórmula comunista: *á cada uno según sus necesidades*. Todos los trabajadores, por el solo hecho de ser seres humanos, tienen un derecho igual á cuanto es necesario para la satisfacción de sus necesidades esenciales. Existe, pues, un mínimo bajo el cual la remuneración no puede bajar, y este mínimo — el *salario normal*, como lo llamaba Engels — puede fijarse con suficiente aproximación en cada grupo social y en cada localidad.

Separados de este modo la parte social y el salario mínimo, queda un excedente del producto.

¿Cómo se reparte este excedente?

En la mayor parte de los casos, á nuestro entender, la remuneración será posiblemente proporcional al valor del trabajo prestado por cada uno.

No habrá necesidad de coacción para obtener un justo reparto de las fuerzas de trabajo. No tiene valor alguno la trivial objeción de que en una sociedad colectivista todos querrán ejercer los oficios más agradables y más fáciles. No, no; aun los oficios más repugnantes, como el de pocero, encontrarán quienes se dediquen á ellos voluntariamente.

Y esto por un medio muy sencillo.

¿Qué sucede hoy cuando en un ramo de la industria hay demasiados obreros? Los salarios bajan. ¿Y cuando los obreros escasean? Los salarios se encarecen.

Pues bien: en la sociedad colectivista existirá la misma sanción.

Separados, como hemos visto, la cuota de la colectividad y el salario normal ó mínimo, la parte de cada uno del resto del producto será tanto más pequeña, cuanto más numerosos sean los que concurran á dividírsela.

Por consecuencia, los oficios á que afluyan muchas personas serán poco remuneradores; los oficios ingratos ó peligrosos, á que se dediquen pocos, recibirán una mayor remuneración.

Así, por medio de compensaciones, se establecerá el equilibrio.

Yo no digo que las cosas vayan á ser precisamente como las he descrito. Ninguno puede pretender describir la sociedad futura con una especie de *ne varietur*. Mas lo cierto es que de este modo se podrán resolver las aparentes dificultades; si se encuentra mejor manera, tanto mejor.

Pero, entretanto, esto nos basta para rechazar la tacha de utopistas y escapar al reproche de no salir de generalidades y de vagar por las nubes.

EMILIO VANDERVELDE.

EPIGRAMA

En el «campo del honor»
probó el millonario Flores
que carece de valor.
¿Será posible? ¡Un señor
que tiene tantos valores!

A. O.

LA PAZ

Aunque la homeopatía, como sistema curativo, no goza aún del favor de la generalidad, es, sin embargo, un hecho indiscutible que está fundada sobre observaciones exactas, casos de experiencia diaria, que demuestran la verdad de sus bases.

Es decir que la causa misma del mal puede ser su remedio.

Todos los maravillosos progresos de la Medicina contemporánea, con la teoría microbiana, son su confirmación más cumplida, como ya lo fué el gran descubrimiento de Jenner sobre la vacunación.

El mismo germen que determina la enfermedad obra como remedio preventivo si se lo inocula con las precauciones debidas. Se previene la viruela inoculando la vacuna, como se evita el carbunco inoculando su microbio específico. Y seguramente otro tanto sucederá con otras enfermedades infecciosas, á pesar del fracaso de los primeros ensayos: ése es el camino verdadero.

Así también se ha demostrado que el café es el

mejor remedio contra el insomnio; y nadie ignora que, en determinadas condiciones, el mismo café impide conciliar el sueño.

A esa ley están sometidos también los fenómenos de la vida social.

Para curar á un individuo de las supersticiones religiosas, considero como el más eficaz de los remedios hacerle tomar un hábito sacerdotal.

Idéntica relación guarda la cuestión de la paz y, por consiguiente, del desarme general con el socialismo.

A la intensificación contemporánea del militarismo han concurrido ciertamente circunstancias especiales de temores y necesidades de defensa contra el «extranjero» después de las guerras europeas del 70-71.

Pero la causa verdadera que impide á las clases dominantes ver que el militarismo conduce directamente á la bancarrota, es solamente el temor y la defensa de los enemigos «internos», es decir, del socialismo, como bandera de las inmensas falanges de trabajadores.

Es inútil insistir más, porque ya está esa idea en la persuasión de todos.

Útil es, sin embargo, hacer notar que por la ley que hemos formulado será precisamente el socialismo el único remedio eficaz del militarismo, á cuya producción hoy contribuye.

Producida de uno ú otro modo — y nadie puede ser profeta — la revolución social, que es ya inevitable, el militarismo perderá todo elemento de vida.

La solidaridad internacional y, por consiguiente, la paz han tenido en la fiesta universal del 1.º de mayo su primera exteriorización, la más solemne y la más maravillosa de las eras de propaganda de la nueva redención. Así también en la aplicación práctica del socialismo, en la abolición de los odios de clase y de nación, tendrá su garantía más irremovible.

ENRIQUE FERRI.

CALVARIO

Era la tarde del sábado cuando los tres oficiales del pequeño taller de ebanistería trabajaban con alguna dificultad en la penumbra para llegar al término de la jornada.

El viejo patrono — que se hallaba inspeccionando la escasa obra hecha durante el día — sacó su reloj de bolsillo, miró la hora y mandó suspender las labores. Después se dirigió á una antigua mesa de escritorio que estaba situada en uno de los ángulos del taller, sacó de un cajón algunas monedas, hizo de ellas tres particiones y llamó á Ricardo, el más antiguo de sus oficiales.

Ricardo acudió al llamamiento. Iba triste, pre-

ocupado, porque ya sabía él que su maestro iba á darle una mala noticia. Hacía dos semanas que le habló en esta forma el anciano patrono: — Amigo mío, esto va muy mal: el trabajo es más escaso cada día, y este pobre taller corre á su desaparición. Es ley del progreso que la industria grande venga á matar la industria pequeña. Así es que esa gran fábrica de muebles que acaba de ser establecida á pocos pasos de nuestro modesto taller absorbe hoy gran parte del trabajo que antes nos tocaba realizar á nosotros. ¿Y cómo no? Tiene una porción de buenas máquinas que producen mucho y muy barato, recibe abundantes partidas de primeras materias á precios relativamente exiguos, y es imposible que podamos sostener la competencia. La obra que ordinariamente se nos encarga es insuficiente, como sabes tú, para dos oficiales. Mi hijo y mi sobrino — tus dos compañeros de trabajo — bastan y aun sobran para la tarea que hoy tenemos. Pues bien: siendo ellos individuos de mi familia, y hallándome en la necesidad de suprimir, cuando menos, un operario, me parece que lo más equitativo es que tú seas la víctima. Yo siento mucho dar este paso. ¿No he de sentirlo, cuando existe, además del aprecio en que te tengo por tus buenas cualidades, la circunstancia de que esta supresión de tus servicios redunde también en perjuicio mío? Busca otra colocación por ahí; te concedo un término de dos semanas.

El viejo maestro, que era hombre de buen corazón, estaba dolorosamente impresionado cuando pronunció esas palabras.

Ricardo recorrió todos los talleres de ebanistería de la población en busca de trabajo, pero fueron inútiles sus pesquisas: en todas partes sobraban operarios.

Por eso, cuando el señor Paco, su maestro, le llamó para entregarle el jornal de la semana, sintió Ricardo que su corazón se agitaba con bruscas sacudidas.

— ¿Has encontrado algún hueco por ahí? — le preguntó su maestro.

— Ninguno — respondió Ricardo. — En todas partes hay exceso de trabajadores.

— Esto es horrible. Yo continuaria teniéndote en mi casa, pero no puede ser. Mi situación es tan apurada, que me he visto hoy en la necesidad de pedir dinero prestado para el pago de jornales. Ya lo ves: somos víctimas del progreso industrial, de la concentración capitalista... ¡Si tú supieras qué ideas tan revolucionarias se me ocurren...! En fin, Ricardo, yo te llamaré si el trabajo aumenta algún día en mi casa. Pero no te forjes ilusiones.

Ricardo recibió su jornal de la semana y salió del taller despidiéndose á media voz. Parecía afónico.

— Lo cierto es que el maestro — pensaba Ricardo mientras se dirigía á su casa — me ha hablado con sinceridad; pero ¿por qué yo, que me hallo en

la plenitud de la vida, no he de encontrar el trabajo que deseo para atender á mis necesidades? ¿Habrá de llegar un día, si estoy mucho tiempo forzosamente ocioso, en que me vea obligado á pedir limosna?... ¡Limosna yo!... No me sería posible sufrir una humillación tan bochornosa. Antes...

Por la mente de Ricardo pasó una idea *criminal*, pero no exenta de lógica. Si el hombre, según las leyes de esta hipócrita sociedad, no tiene derecho á la muerte por suicidio, ¿qué razón hay para que no tenga derecho á la vida?

Ricardo llegó á su casa. No sabía cómo decir á su pobre esposa lo que le sucedía. Pero era preciso referírsele todo, y se lo refirió después de muchas vacilaciones.

— No te apures por eso — le dijo su mujer pretendiendo animarle. — Ya encontrarás trabajo en otro taller.

Pero pasaron semanas y semanas, y Ricardo no encontraba dónde dar ocupación á sus brazos y á su inteligencia.

La situación de la pobre familia se hizo insostenible. Los dueños de las tiendas en que Ricardo compraba se enteraron de que éste se hallaba sin trabajar... y le cerraron la puerta del crédito. El propietario de la habitación que ocupaba, viendo que no podía cobrar los alquileres, le amenazó con «ponerle los trastos en la calle». Todo era miseria, sólo miseria para aquella honrada familia de trabajadores.

Ricardo trató, en contra de sus sentimientos paternales, de que sus hijos pudieran ingresar en un asilo para atenuación de su desgracia, pero no pudo conseguirlo. No había hueco para ellos; y si lo había, necesitaba Ricardo muy buenas recomendaciones para ser atendido.

Un día, cuando toda esperanza llegó á perderse para quienes de tal modo eran víctimas de las desigualdades sociales, dijo Ricardo á su esposa con sordo acento:

— Hoy vendrán los ejecutores de la ley á echarnos á la calle por el horrendo crimen de no tener dinero para pagar el alquiler de esta vivienda. ¡Es imposible ya la vida para nosotros! ¡Si tú te atrevieras...!

— ¿A qué? — respondió con viveza la pobre esposa como queriendo dar fuerza al ánimo del ebanista.

— A realizar lo que yo pienso para que nuestros hijos se salven. Hoy no encontramos asilos para ellos, porque en todos esos establecimientos, llamados benéficos aparatadamente, hay exceso de criaturas desgraciadas. Hoy nadie se acuerda de nosotros para sacarnos de esta situación apuradísima. Mis amigos, que han hecho todo lo posible por favorecernos, son pobres y no pueden ayudarnos á soportar la carga de la vida. Pues bien: si hoy, cuando vengan los esbirros que han de hacernos desalojar la casa, encontrasen en ella tu cadáver y

el mío, los infames que nos han empujado á la miseria lanzarían hipócritamente un grito de horror y se apresurarían á poner sus cuidados en favor de nuestros pobres hijos.

— Te comprendo, y estoy resuelta á realizar lo que pretendes. Muramos para que nuestros hijos vivan.

— Pues... valor, ya que es necesaria tan dolorosa prueba.

Ricardo salió y no tardó en volver acompañado de un trapero.

— ¿Cuánto da usted por esas bagatelas? — preguntó á su acompañante señalándole los pobres restos de su ajuar, de los que había separado unos cacharros.

— Dos pesetas.

El ebanista no regateó.

— Vengan.

Cogió las dos pesetas, y el trapero salió cargado con su compra.

— Hoy comeremos — dijo Ricardo á su esposa —; pero será por última vez.

Cogió una gran jarra de barro, volvió á salir y regresó luego con varios panes y la vasija llena de humeante café. Hizo en seguida raciones para los pequeñuelos, echó en el líquido que quedaba en la jarra un tóxico que traía envuelto en un papel, agitó el contenido de la vasija, sirvió á su mujer una taza, se sirvió él otra, y ambos esposos apuraron sus correspondientes raciones.

.....

Quando los ejecutores de la ley fueron, poco después, á dar cumplimiento á su misión, se encontraron con dos cadáveres y con cuatro niños que lloraban amargamente y llamaban á sus padres con gritos de desesperación.

La Prensa noticiara publicó extensos relatos, recargados de tonos vivos, dando cuenta del hecho;

la sociedad se conmovió hondamente y los asilos se abrieron para recibir á los pobres huerfanitos.

Sin embargo, la sociedad, después de la impresión primera, siguió esperando con mucha tranquilidad otra ocasión para conmovirse nuevamente.

ALVARO ORTIZ.

ENTRETENIMIENTOS.

CHARADA

¡Vaya un *todo!* No hay Cristo que lo soporte.

¿Hará más en *dos-prima* que aquí, en la corte?

¡Prima! Imposible

que allí con mayor fuerza se haga sensible.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR
Perico.

CORRESPONDENCIA

F. P. — Bilbao. — Recibidas 27,10 pesetas, 28,50 de la cuenta de Perujo y 3,60 de la de C. O., de Sestao. Se cumple el encargo.

Perujo. — Bilbao. — Se enviaron los ejemplares atrasados que pidió. Gracias por la advertencia.

M. S. — Oviedo. — Recibidas 2 pesetas.

M. I. — Carmona. — Id. 1. Se le remiten los ejemplares atrasados que le faltan.

B. A. — Luchana. — Recibidas 2 pesetas, una de su suscripción y otra de la de J. E.

R. Ll. — Berga. — Id. 5, 2 de sus suscripciones y 3 para EL SOCIALISTA.

J. S. — Santander. — Id. 7.

A. S. — Alicante. — Se recibió á su tiempo. Fué un olvido.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero.

LA ILUSTRACION POPULAR

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, **SOMBRETE, 11 duplicado, 2.º.**